



RECENSIONES

Francisco SEVILLANO. *La cultura de guerra del “nuevo Estado” franquista. Enemigos, héroes y caídos de España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017, 197 páginas, por **Juan Carlos Marín Sánchez** (Universidad Complutense de Madrid), juancm01@ucm.es

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2019.4538>

Tras casi tres años, el primer día del mes de abril de 1939 se daba por concluida la guerra civil española. El autodenominado ejército nacional había alcanzado sus últimos objetivos militares y, con ello, finalizaban las acciones en el campo de batalla. El estado de guerra, vigente desde 1936, duraría otros nueve años más, siendo el periodo en el que el aparato represor del Estado franquista funcionó con un mayor grado de intensidad. Gracias a lo que algunos autores han venido a llamar inversión inicial en violencia, se consiguió la paralización de un enemigo cuyo peligro no había desaparecido por completo pese a su derrota en 1939. Esta lucha contra aquellos que representaban la “anti-España” -según el lenguaje franquista- estuvo vigente, como es bien sabido, durante toda la dictadura hasta el final de sus días con distintas intensidades y mecanismos. Ello requería mantener una lógica de combate permanente contra un enemigo, siempre al acecho, que podía desestabilizar al Estado franquista y que se extendió, por tanto, más allá del lapso comprendido entre 1936 y 1939.

En la obra que nos ocupa, el autor nos propone un acercamiento a la guerra civil y la dictadura franquista desde una perspectiva cultural. Su pretensión queda meridiana en las primeras páginas: discernir en qué términos y hasta qué punto el discurso político que dio significado al conflicto produjo una “cultura” que pudiera articular colectivamente las percepciones e influir en las preferencias y las evaluaciones individuales. Un discurso que, además, no solo describe una realidad, sino que también la construye y genera identidad. Así, este legitimó el “nuevo Estado” en la propia guerra civil, justificada ante la necesidad de destruir a un enemigo que

suponía una amenaza para España y cuya identidad comenzó a construir en los meses previos al golpe de Estado del 18 de julio y reprodujo a partir de entonces.

Experto en propaganda, Francisco Sevillano, profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad de Alicante, realiza un análisis del discurso político del franquismo recurriendo principalmente a una variada selección de fuentes hemerográficas. Distintas publicaciones periódicas, muchas de ellas pertenecientes a la Cadena de Prensa del “Movimiento”, desde las que se proyectó y propagó continuamente la imagen del enemigo y, con ello, la posibilidad real de una guerra. Desde una retórica de combate se legitimaba, en el plano cultural, el propio golpe de Estado contra la República, así como el aparato represor del Estado franquista no solo en tiempos de guerra, sino también de “paz”, al revelarse estos como elementos *necesarios* ante una amenaza que no cesaba.

Junto a estas fuentes, es de destacar la utilización de diversos informes elaborados por la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda desde los que se dictaban normas y orientaciones a los directores de periódicos, agencias informativas y otros medios de comunicación como la radio. Depositados en el fondo del Ministerio de Información y Turismo del Archivo General de la Administración, el interés de estas fuentes reside en su carácter interno, no publicadas en los medios, y por tanto matriz para la construcción del discurso oficial del régimen. Pese al potencial interés de analizar otros medios de comunicación bajo estos mismos parámetros -como radio o televisión-, entendemos que centrar el foco en la prensa principalmente contribuye a sistematizar y aportar homogeneidad a la investigación en este caso, cuestión no menor por otra parte.

Uno de los grandes aciertos, en lo que al marco interpretativo se refiere, es la concepción del conflicto civil dentro de los parámetros de la “guerra total”, entroncando así con otras investigaciones historiográficas que se vienen realizando en los últimos años. Desde la segunda mitad del siglo XIX, pero sobre todo a partir de la Gran Guerra, se produjo una ruptura de los esquemas y formas de hostilidad hasta entonces conocidos, siendo necesario ir más allá del campo de batalla estrictamente para incluir otros ámbitos como las retaguardias o la población civil. La “guerra total” suponía la movilización de todos los recursos disponibles, supeditados al esfuerzo de guerra, así como nuevos medios y tácticas de guerra. Uno de ellos fue, precisamente, la

propaganda, núcleo central del análisis a través de la prensa. Esta propuesta queda fundamentada con solvencia gracias a la rigurosa selección de fuentes bibliográficas de distintos autores que han reflexionado sobre el concepto como Michal Schäfer, Stig Förster, Bernd Greiner o Roger Chickering quien, además ha estudiado el caso de la guerra civil española bajo este marco conceptual.

Desde el punto de vista de su estructura, la obra se divide en dos grandes bloques, que constan de cuatro y tres capítulos respectivamente. “Ellos” y “nosotros” son los dos ejes sobre los que pivota, realizando el autor un análisis pormenorizado de la construcción de las identidades de la anti-España y la España “nacional” por parte de esta última en momentos muy concretos del pasado. De esta forma, arranca en 1977 para, desde un planteamiento de historia regresiva, retrotraerse hasta los meses previos a las elecciones de 1936. El marco cronológico escogido no es casual: por un lado, el momento en el que fue legalizado el partido hegemónico en la lucha antifranquista, el Partido Comunista de España. Por otro, el lapso en el que quedó abonado el terreno para, desde el discurso político de la derecha y demás propaganda, justificar la necesidad de frenar una supuesta revolución (invocando para ello Octubre de 1934) y, en definitiva, la inevitabilidad de un golpe de Estado en caso de triunfo en las urnas del Frente Popular en los comicios señalados.

¿Cómo se construyó pues, la imagen del enemigo? Ante todo, la “anti-España” era comunista. Y esto hemos de entenderlo no solo en clave interior, en lo que al papel primordial del PCE en la lucha contra la dictadura se refiere, sino también exterior, en el contexto internacional de la Guerra Fría. En efecto, el anticomunismo fue una de las señas de identidad del régimen franquista, de ahí que el primero de los capítulos esté dedicado a este aspecto. La legalización del PCE apenas dos meses antes de la celebración de las primeras elecciones democráticas en España después de cuarenta y un años puso de manifiesto que discurso de la Victoria y su marcado anticomunismo no se habían agotado aún a la altura de 1977, cuando se siguió apelando al peligro que estos suponían para la naciente democracia con argumentos que apenas diferían de los utilizados cuarenta años atrás. Un desfase significativo con la línea política marcada ya desde 1956 en el seno del Partido Comunista con su llamamiento a la “Reconciliación Nacional”.

La construcción de la imagen del vencido incluía necesariamente su estigmatización, aspecto al que está dedicado el segundo capítulo del libro. Señalarlo era una operación fundamental en el proceso de exclusión para su “muerte civil”. Múltiples fueron las etiquetas utilizadas para definir e identificar a los vencidos: junto al ya mencionado comunismo, se recurrió a todo un abanico de elementos como el marxismo, el liberalismo, la democracia, el judaísmo, el capitalismo, la masonería o el separatismo. Una especie de cajón de sastre que venía a recoger las múltiples formas que podía adoptar el enemigo, de ahí la necesidad de categorizarlo. Ello incluyó argumentos pseudocientíficos, recogidos por el autor, que producirían una carcajada en el lector de no ser porque con ello se dio sustento ideológico y justificación al control social, encarcelamiento y ajusticiamiento de miles de personas -a la vez que se desdibujaba su propia identidad a través del estigma- por parte del régimen franquista. Este proceso tuvo otra vertiente entre los vencedores, al ser un recurso (al amparo de la Ley de represión de la Masonería y el Comunismo de febrero de 1940) para dirimir disputas internas y provocar el descrédito mediante la acusación pública y denuncia bajo estas etiquetas. Este fue el caso del que fuera Delegado Nacional de Sindicatos Gerardo Salvador Merino, al que Francisco Sevillano le dedica unas páginas en su obra, poniendo de relieve con ello las luchas internas dentro del propio franquismo.

En el tercero de los capítulos, el autor se adentra en la propia guerra civil para acercarnos a la representación del enemigo en la autodenominada España nacional. El mismo arranca con una interesante aportación por parte del autor en torno al contexto previo en la Europa de entreguerras y la dinámica de violencia desatada a raíz del estallido del conflicto. Para ello, es importante resaltar su concepción de la propaganda como una forma de violencia simbólica empleada en tiempos de guerra. La extrema crueldad de las acciones violentas durante la guerra llevaba consigo la necesaria deshumanización de las víctimas, siendo preciso articular todo un discurso propagandístico sobre el enemigo en el marco del propio conflicto. Para ello se creó una imagen estereotipada del enemigo, al que se asignaban una serie de atributos percibidos como naturales. Este quedaba categorizado y presentado como algo ajeno, construyéndose así la otredad desde el extrañamiento.

Finaliza el primero de los bloques con un capítulo que bien podríamos considerar a caballo entre ambos, y es que en el mismo ya se hacen algunos apuntes

en torno a la identidad de la “España nacional”. Cronológicamente se sitúa en las semanas que precedieron a los comicios de febrero de 1936, detallando el despliegue mediático realizado desde la derecha política para apelar a la unidad contra un enemigo que, precisamente, quedaba claramente señalado y configurado. Una unidad de la derecha construida en negativo en tanto que el elemento de unión era externo al campo de significación. Les unía un enemigo común, la amenaza que para España supondría el triunfo del Frente Popular en las elecciones. Y este será un aspecto a tener en cuenta para comprender las pugnas internas que posteriormente se dieron entre las distintas “familias” del franquismo.

Por otra parte, hemos de resaltar la pertinencia de este capítulo. Bien es conocido, gracias a recientes avances historiográficos, que los preparativos del golpe de Estado comenzaron meses antes del mismo en aspectos como la compra de armamento. El trabajo de Francisco Sevillano permite observar cómo se recurrió a todo un aparato mediático por parte de la derecha política para justificar y legitimar ante la opinión pública la necesidad de un golpe de Estado que acabaría produciéndose unos meses después.

La “cultura de guerra” del Estado franquista construyó las identidades desde un marco conceptual dualista, necesario por otra parte para dar sustento a la idea de esa amenaza latente que suponía el enemigo. De esta forma, la “anti-España” encuentra su contrapartida lógica en los vencedores, que a su vez requirieron la articulación toda una serie de imágenes, figuras, símbolos, espacios, valores, ritos, etc. como elementos aglutinadores en los que reconocerse más allá del recurso a significantes vacíos utilizados en los meses previos al estallido del conflicto. Y ello comenzó con su identificación con la idea misma de España, de ahí el título del segundo bloque del libro: “Nosotros somos España”.

Esa comunidad nacional requería necesariamente de un líder en su lucha contra el enemigo de España, una suerte de líder espiritual que guiara la “liberación” de España del marxismo. Esa figura fue, como es natural, la de Francisco Franco, cuyo carisma político también hubo de construirse desde la propaganda. Especialmente ante las pugnas internas en el seno del bando rebelde, con sectores de Falange y del carlismo contrarios a la unificación de abril de 1937, y ante la necesidad también de resituar simbólicamente otras figuras del “Movimiento” como José Antonio Primo de

Rivera: una España, un caudillo. Estos son algunos de los aspectos que, a grandes rasgos, se recogen en el quinto capítulo de la obra.

El culto a los muertos o, más concretamente, a los caídos “por Dios y por España” fue otro elemento significativo de la cultura de guerra del Estado franquista, tal y como se recoge en el penúltimo de los capítulos. Este culto a los muertos creó una religión política con sus propios rituales políticos y liturgias, entre los que destacaron el traslado de los restos de Sanjurjo y José Antonio a Pamplona y San Lorenzo de El Escorial respectivamente o la señalización de los emplazamientos que acogían restos de estos “mártires” por toda la geografía española, erigidos en “lugares de memoria” sagrados en torno a los cuales desarrollar sus propios rituales. Mantener viva la memoria de quienes dieron su vida “por España” se reveló como otro de los aspectos nodales de la cultura de guerra.

El último de los capítulos nos trae el que, bajo nuestro punto de vista, es el concepto más interesante por ser el que nos da la clave para entender en su totalidad esa articulación y mantenimiento durante décadas de la “cultura de guerra”. Nos referimos a la expresión, propuesta por John Horne para las posguerras de los dos conflictos Mundiales, “desmovilización cultural”. Si bien el regreso de los combatientes a la vida civil se produjo de manera rápida tras el final del conflicto, no ocurrió lo mismo en el plano cultural. El espíritu militarista inundó el discurso de la “Victoria”, ya que esta había traído consigo la “paz”, considerada un bien superior que requería el esfuerzo diario en su conservación al estar continuamente amenazada por un enemigo que, aún vencido, ponía en riesgo la “nueva España”.

Como ya hemos apuntado, esta estructura no sigue un orden cronológico en su primera parte, aspecto que puede provocar una sensación de saltos temporales en el lector pero que, en cualquier caso, no dificultan su lectura. Esta se ve facilitada igualmente por la inclusión del marco conceptual al inicio de cada capítulo para el tema específico a tratar en el mismo, exquisitamente trabajados y fundamentados con un manejo solvente de bibliografía sobre los mismos por parte del autor.

En definitiva, podemos concluir que el objetivo marcado al comienzo de la obra queda sobradamente cumplido, al quedar configurada la “cultura de guerra” en tres segmentos: la representación estereotipada del enemigo, la exaltación del héroe

carismático y el culto a los mártires y caídos. Además, hemos de señalar una vez más su importancia por tratarse de un estudio de la guerra civil y la dictadura franquista desde una óptica cultural, campo en el que no son numerosos los trabajos historiográficos hasta el momento en el caso de la primera, a la vez que recurre a marcos interpretativos utilizados para las dos guerras mundiales y el periodo de entreguerras, en línea con las investigaciones que vienen realizándose en los últimos años.